

Aventuras en el Far West

Los mineros de Alaska

Aventuras entre los pieles rojas

La Soberana del Campo de Oro

Emilio Salgari



Aventuras en el Far West

Emilio Salgari

An omnibus compilation of three titles:

Los mineros de Alaska

Título original: *I Minatori dell'Alaska*

First published in Italian in 1900

Aventuras entre los pieles rojas

Título original: *Avventure fra le pellirosse*

First published in Italian in 1900

La Soberana del Campo de Oro

Título original: *La Sovrana del Campo D'oro*

First published in Italian in 1905

Translation Copyright © 2016 ROH Press

Cover: *The Last Stand*, Laurence Herndon, 1922

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Nuestros títulos en español

Todas las aventuras de Sandokán (I)

Los tigres de Mompracem
Los misterios de la Jungla Negra
Los piratas de la Malasia

Todas las aventuras de Sandokán (II)

Los dos tigres
El *Rey del Mar*
A la conquista de un imperio

Todas las aventuras de Sandokán (III)

La venganza de Sandokán
La reconquista de Mompracem
El falso brahmán
La caída de un imperio
El desquite de Yáñez

La trilogía del Corsario Negro

El Corsario Negro
La Reina de Los Caribes
Yolanda, La Hija del Corsario Negro

Aventuras en el Far West

Los mineros de Alaska
Aventuras entre los pieles rojas
La *Soberana del Campo de Oro*

[Búscalos en Amazon.com](#)

[Búscalos en Amazon.es](#)

La Soberana del Campo de Oro

Capítulo 1

La subasta de una joven

EL VIERNES 24 mayo de 18... , a las tres de la tarde, en el gran salón del Club Femenino, y bajo la inspección del infrascrito notario, se procederá al sorteo de la lotería organizada por cuenta de miss Annie Clayfert, llamada la Soberana del Campo de Oro, que por su belleza no tiene igual entre todas las jóvenes de San Francisco de California.

Por expreso deseo de miss Annie Clayfert, el favorecido por la suerte podrá renunciar al premio si no fuese de su agrado, recibiendo, en cambio, la suma de veinte mil dólares.

¡El viernes 24 de mayo, a las tres de la tarde, todos al gran salón del Club Femenino, donde miss Annie se presentará al público en todo el esplendor de su radiante belleza!

John Davis,
Notario de San Francisco.

Este extraño aviso, fijado en todas las principales fachadas de la reina del Océano Pacífico y en el tronco de los árboles de los jardines públicos, había causado extraordinaria sensación, aun cuando no fuese completamente nuevo el caso de jóvenes casaderas que se pusieran a subasta como un simple objeto del Monte de Piedad.

A decir verdad, semejantes anuncios se han hecho algo raros en aquella grande y populosa ciudad de la Unión Americana del Norte; pero todavía en 1867 eran bastante frecuentes, y muchos matrimonios se efectuaban de este modo.

Sabido es que los americanos no quieren perder el tiempo y que no gustan de la hipocresía inútil. Allí se prefieren los procedimientos rápidos en todos los negocios, incluso en el matrimonio, que para aquellos buenos trabajadores es un negocio como otro cualquiera.

Años atrás no era raro el caso de una miss sin un céntimo o un guapo mozo sin un cuarto que pensarán subastarse, tanto

para salir de la miseria del momento como para obtener una buena posición.

Aquellas loterías o subastas solían dar buen resultado. ¿Quién no recuerda a miss Allen, que se puso a subasta en la ciudad de Chicago en 1879, y que fue adjudicada en medio millón, corriendo el peligro de ser esposa de un plantador de las Antillas, negro como el tío Tom y feo como un mono, que había pujado hasta 400 000 pesetas? Fue salvada en el último momento por un blanco, caballeresco y riquísimo, a quien disgustaba que aquella bellísima joven acabase en manos de un negro.

Dio el medio millón por ella, y el matrimonio fue feliz.¹ Pero lo que habla puesto en movimiento a la juventud californiana no era el aviso de la próxima extracción de aquella lotería, sino la persona que recurría a aquel extraño medio para obtener una dote y un marido, que podía ser feo, viejo o jorobado.

Todos conocían a miss Annie Clayfert, joven algo excéntrica, de maravillosa belleza, que cabalgaba por mañana y tarde a través de las más populosas calles de San Francisco, haciéndose admirar por la riqueza y extravagancia de sus tocados y por su incomparable gracia de amazona.

Hasta pocas semanas antes de aparecer aquellos anuncios todos la creían riquísima.

Se decía que su padre poseía minas de oro en el Arizona, y por eso la habían bautizado con el nombre de *Soberana del Campo de Oro*; el lujo que hasta entonces había desplegado la joven parecía justificar aquellas suposiciones.

Había habitado en uno de los más espléndidos palacios situados en la parte céntrica de la ciudad: había tenido gran número de criados, caballos de gran precio, un pequeño *yacht* de todo lujo...; y después, en un día lo había vendido todo y se había retirado a la ciudad móvil, a uno de aquellos lindos, pero modestos, carros que forman el suburbio de Cartown, no conservando más que una vieja criada negra y su caballo favorito.

¹ Histórico

¿Qué le había ocurrido? ¿Qué desgracia había herido a la *Soberana del Campo de Oro* para precipitarla de la riqueza a la miseria? ¿Qué catástrofe imprevista había destruido las minas que poseía y explotaba su padre en los lejanos territorios del Arizona?

Nadie había podido averiguarlo, porque la joven no se lo había dicho a nadie.

Cuatro días después de haber dejado el palacio y de liquidar cuanto poseía, las paredes de la ciudad estaban cubiertas con aquellos anuncios, y veinte mil billetes, a cinco dólares cada uno, habían sido puestos a la venta y agotados completamente en menos de veinticuatro horas.

Toda la juventud de San Francisco había comprado con verdadero furor, disputándose encarnizadamente los últimos billetes, que se habían cotizado a cincuenta dólares cada uno.

Algunos negros (y no había pocos en San Francisco) los habían comprado también con la esperanza de tener por esposa a aquella bellísima joven que todos admiraban, y hasta se decía que uno de ellos había adquirido gran cantidad de billetes, gastando en ello algunos miles de dólares.

¿Quién iba a ser el afortunado esposo de la *Soberana del Campo de Oro*? Esto es lo que todos se preguntaban ansiosamente, porque los admiradores de la joven se contaban por centenares.

En la tarde del 24 de mayo, una enorme y variada multitud se apiñaba en el amplio salón del Club Femenino, puesto a disposición de Annie Clayfert por la presidenta, a fin de que el sorteo pudiera efectuarse en un local cerrado.

La juventud californiana acudió en gran número, y no ella sola; hasta viejos y célibes que poseían una bonita fortuna y esperaban secretamente poner mano en aquella espléndida belleza, acudieron también.

Y no todos eran blancos. También había negros, con sus grandes ojazos de porcelana, lanudos cabellos y los dedos cargados de vistosos anillos; y hasta chinos de lampiñas mejillas, larga coleta caída por la espalda y amplios vestidos de seda teñidos de brillantes colores.

Todos se apretaban y se empujaban para llegar cerca de la plataforma levantada al extremo del salón, en la cual debía aparecer la *Soberana del Campo de Oro*.

¡Caso extraño! Aquel día todos aquellos americanos no hablaban de Bolsa ni de negocios. Contra costumbre, no se oía preguntar el precio del azúcar, de la harina ni del vino, principales artículos en que consiste la exportación californiana.

Decimos «caso extraño», porque los americanos hasta en sus manifestaciones más vehementes, no se olvidan de sus negocios.

Pueden encontrarse en un funeral, en una boda, en una revista, en cualquier ceremonia, y, sin embargo, se oye siempre hablar de las cotizaciones de Bolsa, de los precios de los géneros alimenticios, entre ellos los de los puercos salados de Chicago.

Si fuera posible dormir y al propio tiempo hablar de negocios, puede afirmarse que aquellos bravos yanquis lo harían.

Aquel día, sin embargo, la curiosidad era la vencedora de todo. Nadie hablaba más que de la *Soberana del Campo de Oro* y de la lotería, apostando con furor a que saldría un número alto o bajo, a que el vencedor sería un americano o un negro, o a que tendría el bigote blanco o la barba negra, etcétera...

Ya la sala estaba completamente llena y la impaciencia comenzaba a apoderarse de aquellos hombres, ordinariamente calmosos, cuando en la plataforma apareció un hombrecillo grueso, casi calvo, cuidadosamente afeitado y vestido de rigurosa etiqueta, seguido por dos negros que llevaban una enorme esfera de alambre casi llena con los números de los billetes.

—¡El notario! ¡El notario! —gritaron de todas partes.

El hombrecillo se quitó el sombrero de copa para saludar al respetable público, y luego dijo:

—Sí, señores; yo soy el notario John Davis, encargado de vigilar la extracción del número para impedir que se cometa

cualquier fraude. Represento a la ley, y espero que nadie dudará de mí.

—¡Hurra por John Davis! —gritaron los jóvenes.

El notario con un ademán, reclamó silencio, y después añadió:

—Debo repetiros las condiciones en que miss Clayfert se ha puesto en subasta, aunque figuran en los billetes de la lotería lanzados a la venta.

—¡Las conocemos! —respondieron cien voces.

—Lo sé; pero es una formalidad necesaria —dijo el notario—. Escuchadme, pues. Del acta notarial que está en mi poder resulta:

«1° Que miss Annie Clayfert pertenecerá al poseedor del billete que tenga el número favorecido por la suerte, quienquiera que sea blanco, negro o amarillo, joven o viejo.

2° Que miss Annie Clayfert será su esposa legítima seis meses después del sorteo.

3° Que durante ese tiempo ella tendrá plena libertad de marcharse a cualquier Estado de la Unión Americana, concediendo al futuro marido el derecho de seguirla para poder fiscalizar sus actos.

4° Que el importe de la lotería corresponde exclusivamente a miss Annie Clayfert, la cual podrá disponer de él de la manera que le parezca, sin que el futuro esposo pueda tener sobre dicha suma intervención de ninguna clase.

5° Que en el caso de que el favorecido por la suerte rechazase el premio vivo y prefiriese ponerlo a subasta, no podrá recibir más que veinte mil dólares. Lo demás que se obtenga corresponderá exclusivamente a miss Annie Clayfert».

—Y ahora, señores —exclamó el notario—, he concluido.

—¡Qué salga miss Annie! —gritaron centenares de voces—. ¡Queremos verla!

Un tapiz de damasco que cubría una puerta se levantó en aquel momento, y la *Soberana del Campo de Oro*, serena y sonriente, se adelantó hasta la mitad de la plataforma, arrancando a los espectadores un grito de admiración.

Miss Annie gozaba realmente de una maravillosa belleza. Era de alta estatura, esbelta: vestía con suma elegancia traje de amazona, de seda azul con bordados de plata y adornos de gran valor.

Su cara era un óvalo perfecto, de tinte ligeramente sonrosado; los ojos, de color azul intenso, brillaban bajo cejas de un arco magnífico; tenía una boca deliciosa, con los labios rojos como el coral, y los cabellos eran rubios como el oro.

Saludó al público con la fusta que llevaba en la mano y le dirigió una graciosa sonrisa, mientras de todas partes salían ¡hurras! estruendosos, acompañados de aplausos.

—¡Hípp! ¡Hurrá por miss Annie! ¡Hurrá por la *Soberana del Campo de Oro!* ¡hurrá!

Miss Annie daba las gracias inclinando la cabeza.

Parecía estar tranquilísima y nada preocupada por la idea de que la suerte podía darle por esposo un solterón viejo o cualquier honrado plantador negro, o, lo que sería aún peor, algún chino espantoso.

Los hurras y los aplausos duraron un buen cuarto de hora, o sea hasta que el notario hizo sonar fuertemente la campanilla anunciando que él iba a proceder a la extracción del número.

A los gritos ensordecedores sucedió repentinamente y como por encanto un profundo silencio. Se hubiera dicho que las tres o cuatro mil personas que se apiñaban en aquella sala ni siquiera respiraban.

Miss Annie había permanecido tranquila, con los ojos fijos en la esfera que contenía los números; pero su hermoso rostro se puso en aquel momento ligeramente pálido y una leve arruga se dibujó en su frente.

El notario hizo girar la esfera ocho o diez veces, introdujo después una mano a través de la portezuela y tomó un número al azar.

Un vivo movimiento de curiosidad y hasta de ansiedad se produjo. Varios jóvenes se habían encaramado sobre sus asientos para ver mejor.

Miss Annie, inmóvil como una estatua, seguía con los ojos fijos en la esfera. Estaba palidísima.

En medio del profundo silencio que reinaba en la sala, tan profundo que se hubiera oído el vuelo de una mosca, el notario abrió la papeleta, y luego, con voz estridente, gritó:

—¡El ochocientos sesenta y uno!

Un grito de triunfo partió del fondo de la sala, entre las últimas filas de espectadores, seguido casi en el acto de un rugido de rabia y desesperación que salió de la primera fila.

Este segundo grito había sido lanzado por un hombre que estaba en pie sobre una silla a pocos pasos del estrado.

Todos los ojos se fijaron en él, creyendo los espectadores haberse engañado sobre el verdadero tono de aquel grito, e imaginando que aquel joven era el afortunado vencedor.

Era un guapo mozo de veintiocho a treinta años, de estatura más bien alta que baja, con bigote castaño, ojos negrísimos, rasgados en forma de almendra, y con la tez algo bronceada. Iba vestido con extrema elegancia, llevaba una gardenia en el ojal de la americana, y tenía las manos enguantadas.

Hasta miss Annie volvió la vista hacia aquel joven, y un rápido estremecimiento la conmovió.

—¡Él! —murmuró, recobrando en el acto sus sonrosados colores.

El desconocido vaciló y tuvo que apoyarse en la pared inmediata, pálido como un muerto.

Al propio tiempo, en el fondo de la sala, las filas de los espectadores dejaban paso a un hombre que llevaba en alto un billete de aquella lotería, y que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Paso, paso! ¡El ochocientos sesenta y uno!

También era un joven, casi de la misma edad que el otro, tal vez algo más joven, pero desgarbado, de líneas angulosas, con los cabellos rubios y los ojos de color indefinible, entre el gris y el tinte del acero.

En cuanto a su indumentaria, no hacía, por cierto, muy buena figura. Llevaba una chaqueta descolorida por el uso, pantalones demasiado anchos para sus secas piernas y cortos en exceso, y un cuello que en otro tiempo pudo ser blanco, pero en aquel instante no lo era, a pesar de llevar una corbata muy grande de seda rosa descolorida.

—¡Plaza al vencedor! —gritaban los espectadores de las últimas filas.

—¿Es ése el que ha triunfado? —se preguntaban por todas partes, mirando al afortunado.

Unos protestaban, otros reían, y algunos miraban con desprecio a aquel muchacho, que hacía tan mezquina figura junto a la radiante belleza de la joven.

—¡Pobre miss Annie! —decían algunos—. ¡No podía tocarle un marido más feo!

—¡Obliguémosle a que la ponga a subasta! —gritaban otros—. ¡No podemos permitir que caiga en semejantes manos!

El joven pareció que no oía aquellas voces amenazadoras.

Atravesó las filas y se acercó al estrado enseñando el billete, y gritando:

—¡El ochocientos sesenta y uno!

El notario se inclinó hacia él, tomó el billete, lo miró atentamente, y luego dijo:

—Este señor ha vencido; miss Annie Clayfert le pertenece.

La joven no había hecho el menor movimiento ni pronunciado una sola palabra; parecía petrificada.

En la sala brotaban por todas partes gritos de rabia e imprecaciones.

—¡Ponía a subasta, rubito!

—¡Ese bocado no es para tí!

—¡A la puja, a la puja!

El joven, que no había dicho nada, se dirigió a miss Annie, que le miraba con una especie de terror, y le dijo:

—Miss, según los términos del acta notarial firmada por usted, el favorecido por la suerte debe ser dentro de seis meses su marido, y yo me consideraría orgulloso de tener por esposa a la mujer más bella de toda California. Sin embargo, no considerándome digno de tanto honor, por no ser yo guapo, y, además, por no tener fortuna, pues soy un pobre diablo, si no hay nada que a ello se oponga, acepto los veinte mil dólares y la dejo a usted libre. Usted, hermosa como es, podrá encontrar un joven más digno que yo, y, además, rico.

—¿Así, pues, la pone usted a la puja? —preguntó el notario.

—Desde luego, si miss Annie no se opondrá.

—¡Gracias, señor! —dijo la joven sonriendo—. Dígame su nombre.

—Harry Blunt, un pobre hombre, escritor de profesión, que se desayuna dos o tres meses de los doce del año.

El público, que poco antes se había declarado en abierta hostilidad contra el joven, prorrumpió en un hurra estrepitoso.

—¡Bravo, Harry! ¡Eres un buen muchacho! ¡Hip y hurra por Harry Blunt!

—Esta noche, a las ocho, pase usted por mi estudio a recoger los veinte mil dólares que le corresponden —dijo el notario.

—¡Y que me servirán para realizar mi antiguo ensueño de ir a buscar aventuras en el territorio indio! —gritó Harry con acento de triunfo.

—¡La puja! ¡Comience la puja! —vociferaban los espectadores.

Reclamó silencio el notario, y después, elevando la voz, dijo:

—Miss Annie Clayfert se pone a subasta por veinte mil dólares. ¡Adelante con las ofertas!

Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando se oyó una voz sonora que gritó:

—¡Veinticinco mil dólares!

Era el otro joven moreno, el que había lanzado el rugido de rabia cuando oyó al notario anunciar el número 861.

Ya no estaba pálido y se mantenía erguido sobre la silla, con los ojos inflamados y fijos en la joven.

—¡Treinta mil! —gritó un viejo de unos sesenta años que parecía un pastor anglicano.

—¡Treinta y cinco mil! —respondió el joven.

Durante cuatro o cinco minutos las ofertas se multiplicaron, subiendo hasta cuarenta mil dólares. Varios jóvenes habían tomado parte en la puja, hasta que el joven moreno subió de un solo golpe otros diez mil. Entonces reinó un profundo silencio en la sala.

La *Soberanía del Campo de Oro* era una mujer de sin par belleza; pero 250 000 pesetas representaban una hermosísima suma. Aquella cifra había enfriado el entusiasmo de los circunstantes.

Ya parecía que ninguno iba a atreverse a aumentarla, cuando una voz tonante y desagradable rompió de improviso aquel silencio, gritando en mal inglés:

—¡Ofrezco sesenta mil dólares!

Aquello produjo el efecto de un rayo; todos se volvieron para ver quién era el loco que subía el precio, ya enorme, a trescientas mil pesetas.

Un grito de estupor, seguido pronto de una serie de exclamaciones, partió de todas las bocas; luego se produjo en la multitud un movimiento de borrasca. Todos se apartaban de aquel postor de última hora, haciendo gestos de indignación, como si huyeran de unapestado.

La propia miss Annie había hecho un gesto de desagrado, y había lanzado al joven una mirada de pánico, como diciéndole:

—¡Sálvame usted!

Capítulo 2

El Rey de los Cangrejos

EL HOMBRE DEL cual todos se apartaban sin tomarse el trabajo de ocultar su disgusto, era un individuo de alta estatura, anchos hombros, brazos cortos y musculosos y abdomen prominente.

Representaba unos cincuenta años y era bien poco atrayente con su cabezota cubierta por un ancho sombrero de paja en forma de hongo, con su piel negra, ojos relucientes como de vidrio, nariz chata y gruesos labios prominentes y rojos como el coral.

En vez de vestir chaqueta y pantalón como los demás espectadores, aquel negro llevaba una larga túnica de seda roja con flores amarillas y azules y un dragón recamado de plata en medio del pecho, una anchísima faja, también de seda,

sosteniendo una bolsa, de la cual salía el mango de un abanico, y calzaba zuecos de punta levantada con suela de fieltro muy gruesa. Era, en suma, un robusto africano forrado de chino.

¿Cómo aquel negro, en vez de llevar sombrero americano, camisa almidonada y guantes, como todos sus compatriotas enriquecidos, vestía aquel traje de súbdito del Celeste Imperio? Esta fue la primera pregunta que se habían hecho los espectadores.

¿Y cómo aquel ser despreciado, aun cuando fuese rico, osaba aspirar a la mano de la hermosa joven?

Al primer estupor sucedió un movimiento de protesta, seguido de violentísimos apostrofes.

—¡Fuera de aquí!

—¡Vete al África!

—¡No eres digno de una joven blanca!

—¡Tíradlo al mar!

—¡Fuera el puerco negro!

El negro, que se había quedado solo en medio de la sala a causa de la veloz retirada de sus vecinos, no se había dignado protestar contra las frases injuriosas que caían sobre él como una granizada.

Plantado sólidamente sobre sus gruesas piernas, erguido el macizo cuerpo, alta la cabeza, miraba a miss Annie con ardientes ojos, esperando pacientemente a que la tempestad se calmase.

Los gritos y las invectivas aumentaron. Llegó un momento en que un joven se lanzó sobre él, tratando de pegarle en la cara; pero el africano, rápido como un relámpago, le cogió la mano y se la apretó con tal fuerza, que le hizo lanzar un grito de dolor, y después, casi sin esfuerzo, le envió rodando a quince pasos.

Los americanos, grandes admiradores de los robustos músculos y de las personas que saben imponerse, callaron como por ensalmo, y poco faltó para que prorrumpiesen en burras al vigoroso descendiente de Cam.

—¡Vaya un pulso! —exclamó uno—. ¡Lo que es ese hombre no se dejará coger por la nariz ni por el pelo!

—¡Dejémosle hablar! —gritaron otros—. ¡Está en su derecho!

—¡Silencio! ¡La puja está abierta para todos!

Apenas cesó el barullo levantó el negro la diestra, cuyos dedos estaban cubiertos de gruesos anillos de oro con piedras que parecían preciosas, y repitió con voz firme:

—¡Ofrezco sesenta mil dólares!

El joven, que se mantenía en pie sobre una silla, lanzó una feroz mirada a su competidor, y luego dijo:

—¡Setenta mil!

—¡Ochenta mil! —repitió el negro con voz tonante.

Hubo un instante de silencio. Todos miraban con ansiedad a los dos hombres, preguntándose para quién sería la bellísima joven.

Miss Annie parecía que estaba haciendo violentos esfuerzos para mantenerse serena. Se enjugara con frecuencia la frente con un pañolito bordado, y palidecía a ojos vistas.

También el californiano parecía sufrir atrozmente. Se había apoyado de nuevo en la pared, y de su frente caían gruesas gotas de sudor.

El negro, en cambio, conservaba una impasibilidad absoluta, como si estuviera seguro del triunfo.

—¡Ochenta y cinco mil! —dijo al fin el joven.

—¡Noventa mil! —repuso el negro.

—¡Cien mil!

—¡Medio millón de pesetas!

¿Estaban acaso locamente enamorados de la joven aquellos dos hombres, para disputársela con tanto encarnizamiento y ofrecer sumas tan enormes?

Los circunstantes, mudos, recogidos, esperaban con ansiedad el fin de aquel extraño duelo, haciendo votos por el californiano.

Desgraciadamente, parecía que aquel gallardo joven había agotado todos sus recursos en su última oferta, a juzgar por la palidez de su rostro y la profunda angustia que denotaban su mirada extraviada y su aniquilamiento.

El negro no respondió de pronto. Parecía ocupado en un cálculo difícil.

De su calma, sin embargo, se deducía que estaba preparándose para un golpe decisivo que debía poner en sus manos a la *Soberana del Campo de Oro*.

Ya iba a abrir la boca, cuando en el estrado se oyó un débil grito y se vio al notario lanzarse hacia Annie y cogerla en sus brazos.

La multitud se precipitó también, empujando al negro y gritando desafortadamente.

—¡Un médico! —exclamó el notario.

Mientras dos o tres hombres se abrían paso entre los espectadores, dos criados habían levantado delicadamente a la joven para sacarla de allí.

—Señores —dijo el notario—, la emoción ha producido un desvanecimiento a miss Annie. Por hoy suspendo la subasta, que continuará mañana a la misma hora, considerando como firme la postura de cien mil dólares.

La multitud, no muy satisfecha de aquel inesperado desenlace, que la privaba de una lucha emocionante en su período más candente, desalojó el local poco a poco.

Los últimos en salir fueron el joven moreno y el vencedor en la lotería.

El primero parecía preocupadísimo y se alejaba casi a regañadientes, con la cabeza baja, golpeando nerviosamente los muros de las casas con su bastoncillo de bambú.

El otro le seguía mirándole con curiosidad.

Dos o tres veces había apretado el paso, como si quisiera alcanzarle o detenerle; luego habla permanecido siempre detrás, como si no se atreviera a aproximarse a tan elegante caballero.

De pronto pareció decidirse. Abrió sus delgadas y larguísimas piernas, y en cuatro zancadas estuvo a su lado.

—Señor —le dijo—, ¿me permite usted que le diga una palabra?

El joven moreno se volvió rápidamente.

—¡Ah! —exclamó en el acto—. ¡El agraciado en la lotería!

—Sí, señor; yo soy Harry Blunt. No hago en este momento muy buena figura a su lado con mi traje tan poco elegante; pero, sin embargo, creo que puedo serle muy útil.

—Hable usted, señor Harry —repuso el joven moreno—; no siempre el hábito hace al monje, y celebraría mucho poder servirle en algo. Le debo a usted profunda gratitud por haber rechazado a miss Annie.

—¡Ah! ¿La ama usted mucho? —preguntó el escritor sonriendo.

—¡La quiero con locura, y me trastorna la idea de que, a pesar de la oferta que he hecho, pueda arrebatármela ese condenado negro! ¡Ella entre los brazos de ese horrible africano! ¡No; prefiero matarla, y saltarme después la tapa de los sesos!

—Mejor es vivir y quitársela al africano.

—Él debe ser más rico que yo. Toda mi fortuna la he puesto en la subasta, y no me quedan más que algunos miles de dólares, que nada supondrían si tuviera que seguir pujando.

—Me lo había figurado, señor, y por eso me he atrevido a detenerle.

El joven elegante le miró con sorpresa.

—Usted es californiano, como yo, ¿no es cierto? —preguntó el escritor.

—Es verdad, aunque nacido cerca de la frontera mexicana, y mi madre era una española de Veracruz.

—¿Cree usted que ese canalla de negro tenga otros veinte mil dólares? Miss Annie es indudablemente hermosísima, y se la puede papar cara; pero ciento veinte mil dólares forman una bonita suma, a fe mía: una verdadera fortuna.

—¿Y dónde encontrar los veinte mil dólares que me faltan? Estoy solo en el mundo, no tengo parientes ni amigos, estoy aquí solamente desde hace cinco semanas. Tengo delante un espléndido porvenir, porque soy ingeniero de las minas del Colorado, y, sin embargo, no podré encontrar quien me preste lo que necesito.

—¿Y no cuenta usted conmigo? —preguntó Harry Blunt—. No le he detenido a usted sólo para charlar.

—¡Cómo! ¿Usted...? —exclamó el joven moreno con acento conmovido.

—Le ofrezco los veinte mil dólares que voy a recibir esta noche de manos del notario John Davis, a fin de que pueda usted prolongar la lucha y quitarle al negro a miss Annie Clayfert —dijo el escritor—. ¿Lo acepta usted, señor ingeniero? Me los devolverá cuando pueda.

—¡Tiene usted un corazón de oro, señor Blunt! Pero no puedo aceptar una suma que le es a usted tan necesaria.

—Sí; para comprarme un vestido más decente y entrar algo en carnes —repuso el escritor riendo—, con cien dólares tendré de sobra. No deseche usted mi oferta, se lo ruego, porque yo, lo mismo que usted, no me consolaría jamás de que esa joven adorable fuese a parar a manos de tan repugnante negro.

El ingeniero se detuvo, contemplando al joven rubio. Estaba más conmovido de lo que aparentaba, y sentía un verdadero deseo de abrazar a aquel pobre diablo tan generoso.

—¡Dígame usted que no rechaza mi ofrecimiento! —replicó Harry—. Miss Annie ha sido hecha para usted y no para el negro. De modo que es asunto concluido. ¿No es verdad?

El ingeniero estaba para darle la mano en señal de aceptación, cuando sintió que le tocaban ligeramente en el hombro, al tiempo que una voz que le hizo estremecer como si hubiera recibido una descarga eléctrica, decía en pésimo inglés:

—¿Se puede tratar con usted, caballero?

El joven se volvió rápidamente, apretando los puños.

El negro que osaba disputarle la *Soberana del Campo de Oro* estaba enfrente de él.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el joven frunciendo las cejas y mirándole hostilmente.

—Decirle cuatro palabras, señor don Guillermo Harris —respondió el negro en tono enfático.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó el ingeniero sorprendido.

—Simón Kort puede saber eso y muchas cosas más.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Darle un consejo.

—¿Cuál?

—Que me deje usted el campo libre, que no me dispute la *Soberana del Campo de Oro*.

—¡Dejársela a usted! —exclamó el ingeniero haciendo un gesto de amenaza.

—Va usted a perderla de todos modos, porque no podrá competir con mi dinero. Yo sé a cuánto monta su riqueza.

—Pero ¿quién es usted?

—Hace tiempo no era más que un bracero del puerto, y me llamaban sencillamente Simón. Hoy soy el *Rey de los Cangrejos*. ¡Un rey y una soberana! ¡Haremos una buena pareja! ¿No le parece a usted?

El ingeniero alzó el puño, e iba a descargarlo sobre el negro, cuando con rápido movimiento el escritor se lanzó entre los dos rivales, diciendo:

—¡No hagan ustedes que acuda la policía, porque perjudicarían notablemente sus negocios! ¡Miren cómo se para la gente y los observa!

—¡Tiene usted razón, señor Harry! —dijo Guillermo Harris, haciendo un esfuerzo para dominarse.

—¿Quieren ustedes venir conmigo en mi chalupa de vapor? —preguntó el negro, que no había perdido su sangre fría—. Allí podemos hablar a nuestro gusto y discutir sin que nadie oiga lo que decimos. Señor Harris, ¿ha visto usted alguna vez los pueblos del río Cangrejo? Son interesantes, y cuando estemos allí le enseñaré a usted algo que modificará, de fijo, su modo de pensar.

—¿Qué me vaya con usted? —preguntó el ingeniero, asombrado.

—¿Por qué no? —dijo Harry—. Apenas son las seis, y la noche está a nuestra disposición para completar nuestros proyectos. Este paseo le sentará bien, aunque le parezca en este momento inoportuno.

Previendo que había de tratarse de miss Annie, el ingeniero respondió después de una breve vacilación:

—Sea; pero le advierto que llevo armas y que mi revólver tiene seis balas.

—Y el mío otras seis —añadió el escritor.

—Así, pues —continuó el ingeniero—, si tiene usted la idea de tenderme algún lazo, ya está prevenido de lo que va a sucederle.

—¡El *Rey de los Cangrejos* no será tan necio que se comprometa! —repuso el negro, enseñando sus dientes, más blancos que el marfil y más agudos que los de una loba—. Haga el favor de seguirme.

Aquel singular individuo, negro por la raza, chino por el traje, se dirigió hacia el muelle, no sin despertar viva curiosidad entre las personas que encontraba, y se paró frente a una pequeña chalupa de vapor de forma elegante, montada por cuatro negros de sólida musculatura y vestidos de marineros americanos.

—Suban ustedes, señores —dijo el *Rey de los Cangrejos*—. Hay sitio para seis personas y, por tanto, estarán ustedes muy cómodos.

El ingeniero y el escritor embarcaron en la chalupa y se sentaron en el banco de proa, que estaba forrado de terciopelo rojo, mientras el negro se colocaba a popa y empuñaba la caña del timón.

La ligera embarcación se separó del muelle y cruzó rápidamente por entre la multitud de naves que llenaban la bahía: eran barcos de vela, vapores y cruceros de la escuadra del Pacífico.

Ninguno de los excursionistas había vuelto a hablar.

El ingeniero parecía muy pensativo y lanzaba de vez en cuando fulgurantes miradas hacia el negro, que fumaba tranquilamente un grueso *Virginia*.

También el escritor parecía preocupado, y callaba mirando distraídamente las naves a cuyo lado pasaba la chalupa.

Ya habían recorrido un par de millas, y comenzaban a surcar el mar libre, cuando dijo el escritor:

—¿En qué piensa usted, señor Harris?

—En la imprudencia que hemos cometido al seguir a este negro —repuso el ingeniero—. Habríamos hecho mejor en ir a ver a miss Annie.

—Dígame usted, señor Harris: ¿la conocía usted antes de que se presentase a subasta?

—Hace un mes que la sigo.

—¿Sabe quién es usted?

—Le he sido presentado en una recepción dada por el ingeniero de los tranvías californianos.

—Entonces, ¿está usted seguro de que no se negará a recibirle?

—Así lo creo. Durante la subasta no ha dejado de mirarme.

—Entonces, es que no le desagrada usted.

—Eso me parece, si no es una ilusión mía —repuso el joven suspirando.

—Pues bien, señor Harris; después iremos a Cartown. Las jóvenes americanas no temen recibir visitas ni aun después de las ocho o las nueve de la noche, y para esta hora estaremos de vuelta en San Francisco. Tengo deseos de saber qué es lo que quiere este negro que veamos. ¡El *Rey de los Cangrejos*! La tribu de los cangrejos está formada por chinos pescadores. ¿Cómo este hombre ha llegado a ser su jefe?

—También a mí me parece la cosa extraordinaria —dijo el ingeniero—. Los chinos no se unen nunca con los extranjeros.

—¡Ah! —exclamó de pronto el escritor—. Ahora recuerdo una boda que hizo mucho ruido en la colonia.

—¿Qué quiere usted decir, Harry? —preguntó el ingeniero.

—Recuerdo que hace dos años, en el pueblo número tres, que es el más importante de la colonia de pescadores chinos, reinaba una mujer que se llamaba la *Reina de los Cangrejos*, viuda de un jefe, y de la cual se decía que era muy rica. Si la memoria no me engaña, corría el rumor de que no tenía menos de sesenta mil libras esterlinas depositadas en el Banco.

—¡Millón y medio de pesetas! —exclamó el ingeniero palideciendo.

—Sé que los jefes de aquellos pueblecillos perciben por la pesca de los cangrejos ciento trece céntimos y veinte tercios.

—¡Curiosas fracciones!

—Que les aseguran una ganancia extraordinaria, señor Harris. Como le decía, la reina viuda se unió a un hombre de otra raza, y aquel hecho produjo gran revuelo entre los amarillos de la colonia. Ahora caigo en que aquel hombre puede ser ese condenado negro.

—Entonces, ¿habrá muerto la reina?

—Lo supongo —dijo el escritor.

—Así, pues, ese negro...

—Si es él quien se casó con ella...

—¡Continúe usted, señor Harry!

—Habrá heredado las riquezas de su esposa y entonces, amigo, nos dará hilo que torcer; no sé cómo podremos vencerle en la lucha.

El ingeniero experimentó un vivo sobresalto y se llevó nerviosamente el pañuelo a los labios, retirándolo manchado de sangre.

—¡Le comprendo a usted!—dijo con voz desfallecida y haciendo un gesto desesperado.

—¡No se desanime usted! —dijo de pronto el escritor—. Desde hace unos minutos me bulle en la cabeza una idea... ¡Ah! ¡Si pudiera pegársela a ese maldito negro!... ¡Vientre de foca! ¿Por qué no?

—¿Qué idea tiene usted? —preguntó Harris con ansiedad.

—No es éste el sitio de contarle —repuso el escritor en voz baja—. Hay aquí demasiados oídos. Más tarde hablaremos.

La chalupa, que avanzaba con una velocidad de once nudos por hora, había llegado en aquel momento a la embocadura de la rada de San Pablo, a cerca de cinco kilómetros de San Rafael, y comenzaba a detener la marcha.

Los pueblos chinos no estaban lejos; pero aún no se veían, porque los ocultaban las abruptas colinas que hay a lo largo de la costa.

Sola, al extremo de la bahía, parecía dormitar una nave de las llamadas juncos, de pesadas formas, que desde los lejanos tiempos de Confucio no se han modificado, con los costados de diez pulgadas de grueso y con el costillaje macizo y

sostenido por cuñas de madera, porque los chinos no emplean clavos en sus construcciones.

De seguro, aquella nave esperaba algún cargamento de cangrejos destinados, probablemente, a la colonia china de San Francisco.

El *Rey de los Cangrejos* se levantó, y dijo a los dos jóvenes:

—Dentro de diez minutos estaremos en mi pueblo. No tendrán que molestarse mucho, porque el mío es el primero.

Guió la chalupa de modo que no chocase con el junco, y la dirigió hasta la costa arenosa, haciéndola varar suavemente.

—¿Quieren seguirme? —preguntó saltando a tierra.

—¡En marcha, señor Harris! —dijo el escritor.

El ingeniero bajó a la playa sin pronunciar una palabra.

El *Rey de los Cangrejos* hizo un signo a los negros de la tripulación para que permaneciesen a bordo, y después subió a un sendero que serpeaba por aquella árida colina.

Diez minutos más tarde los tres hombres llegaban al pueblo chino número 1, que es el más populoso.

Capítulo 3

Golpe maestro

SAN FRANCISCO TIENE una colonia china bastante numerosa, a pesar de haber sido prohibida durante veinte años la inmigración del pueblo amarillo. Un barrio entero pertenece a los hijos del Celeste Imperio; ha perdido mucho de su carácter merced al excesivo cuidado que le dedica la autoridad municipal californiana, pero aún tiene casas y templos de estilo chinesco, sus tiendas de orífices y de grabadores en marfil, de químicos, cuya muestra es un cocodrilo disecado, y sus casas de té.

Al extremo de la bahía de San Pablo, entre las colinas que la circundan, se encuentran tres pueblecillos que han conservado con gran celo su carácter.

En tiempos ordinarios no cuentan más de cincuenta habitantes; pero a veces, en tiempo de pesca, la población aumenta hasta el millar.

Los habitantes habitan en común, y cada pueblo tiene un jefe reconocido y respetado por todos, que vive con cierto lujo y que se enriquece rápidamente a costa de sus administrados, teniendo derecho a una participación de ciento trece céntimos y veinte tercios sobre las ganancias de la pesca.

Aquellos habitantes viven exclusivamente de la pesca del cangrejo, que es muy abundante en el buen tiempo, y después la venden en San Francisco.

Los pueblos están formados por miserables casuchas de techos puntiagudos, dispuestas en escalones a causa de la pendiente del suelo, que no fue nivelado en consideración a su extraordinaria dureza; pero reina en ellos cierta limpieza, y sólo tienen de notable algunos altares consagrados al dios... Cangrejo, divinidad protectora de la comunidad, y los cementerios, que aparecen a poca distancia, y en los cuales se depositan momentáneamente los muertos.

Decimos «momentáneamente» porque los chinos a todo se someten menos a ser sepultados para siempre en tierra extraña, temerosos de que su pobre alma se pierda en el reino infinito del espacio celeste.

A fin, pues, de evitar ese peligro, y antes de abandonar la patria, todos los chinos tienen el cuidado de asegurar su propio cadáver, o, mejor dicho, sus propios huesos, en una Compañía especial que les garantiza el retorno a su patria.

Al cabo de tres años, su cadáver, dondequiera que se encuentre, es exhumado por encargados especiales, encerrado en una barrica, o, simplemente, en una lata de petróleo, si sólo se trata de los huesos, y embarcado para el Celeste Imperio.

Además, el precio del transporte es poco elevado, pues sólo se pagan dos libras esterlinas por cada lata.

Cuando el *Rey de los Cangrejos*, el ingeniero y el escritor llegaron al pueblecillo, estaba para cerrar la noche, pero no habían cesado los pescadores en su trabajo.

En los caminos tortuosos, entre un número infinito de gatos y perros, predestinados más o menos pronto a morir guisados, algunas docenas de chinos medio desnudos estaban preparando el envío de los cangrejos pescados durante aquella jornada.

Mientras unos los sumergían en enormes calderas llenas de agua hirviendo y otros los hacían pasar bajo gruesos rodillos de madera para quitarles el caparazón, algunos viejos los reducían a pulpa y los colocaban en cestas de mimbrés para ver embarcados al día siguiente con destino a la colonia china de San Francisco.

El *Rey de los Cangrejos* pasó por entre los pescadores con aire altivo, sin dignarse responder a sus saludos, y se detuvo frente a una plataforma, en la cual había un altar cubierto de grandes cangrejos ofrecidos a la divinidad, y en cuyo centro se levantaba un alto vaso de bronce.

Sacó del bolsillo un frasquito de aguardiente de arroz, que vertió en una tacita de porcelana, lo agitó algunos instantes con un bastoncito y lo echó, por fin, dentro del gran vaso de bronce.

—¿Qué hace usted? —preguntó el escritor.

—Rindo homenaje al dios *Cangrejo* —repuso el negro, entre serio e irónico—. Es una ceremonia que no debo olvidar, so pena de que mañana mis pescadores no tengan suerte en su trabajo.

—¿Y qué hacen ahí esos grandes cangrejos? ¿Los dejaremos que se pudran?

—Cuando todos los pescadores se hayan marchado, el sacerdote los cogerá, tomando la ofrenda para sí.

—Entonces, ¿come por su dios?

—Hacen más provecho en su vientre que harían en el de la divinidad —contestó el negro—. Esta es mi casa; ¿tienen ustedes miedo de entrar en ella?

—No —dijo el escritor, contestando también por el joven ingeniero, que permanecía mudo y pensativo.

La habitación del *Rey de los Cangrejos* no era una informe barraca como la de los pobres pescadores, sino una elegante

casita de dos pisos, de puro estilo chino, con doble techo de puntas arqueadas, y coronada por una torrecilla de madera adornada con campanillas.

Introdujo a los jóvenes californianos en un saloncito del piso bajo, con lustroso pavimento, amueblado sencilla, pero elegantemente, con mesitas de laca, llenas de idolillos de bronce y de marfil y botellitas de cristal de extrañas formas y variados colores. Las sillas eran de bambú, y los biombos estaban recamados de madreperlas.

—Señor Harris —dijo, volviéndose hacia el ingeniero, mientras llenaba algunos vasos de un licor ambarino—, ¿quiere usted que hablemos de la subasta?

El ingeniero se pasó la mano por la frente y miró a su alrededor como si se sorprendiera de hallarse en aquel lugar. Parecía como si en aquel momento hubiera despertado de un largo sueño.

—¿De miss Annie? —preguntó con alterada voz.

—Sí, señor Harris. ¿Sabe usted por qué le he rogado que venga aquí?

—No lo sé.

—Para convencerle de la inutilidad de sus esfuerzos y persuadirle de que tiene perdida la batalla.

—¿Qué sabe usted?

El negro se aproximó a una pared, y señaló un enorme cofre de madera con refuerzos de hierro y cubierto de caracteres chinos.

—Aquí dentro —dijo— está la herencia que me dejó Kami, la *Reina de los Cangrejos*, con la cual me casé, y que ha muerto hace seis meses. Miré usted, señor Harris, y dígame si posee lo suficiente para luchar conmigo en la subasta de mañana.

Sacó una llave minúscula, abrió el cofre y, aproximando a él la lámpara que había sobre una mesita, mostró a los dos jóvenes una enorme cantidad de oro en barras, que representaba una cifra fabulosa.

—Aquí hay millones —dijo el negro—. ¿Tiene usted otro tanto, señor Harris? ¿Se da usted por vencido?

El ingeniero lanzó sobre su rival una mirada feroz, e hizo luego un gesto como para sacar algo del bolsillo; pero el escritor, que le observaba, le contuvo, sujetándole el puño con suprema energía.

El negro, que en aquel momento se había vuelto para dar más luz a la lámpara, no advirtió aquel movimiento, y prosiguió:

—Señor Harris, ¿quiere usted que hagamos un pacto? Usted es el único rival peligroso, porque nadie añadirá un centavo a los cien mil dólares que ha ofrecido usted por miss Clayfert. Renuncie usted a la subasta, y le ofrezco la mitad de las riquezas que me dejó la difunta *Reina de los Cangrejos*. Quiero a toda costa tener esa muchacha, y ningún peligro, ningún obstáculo me impedirá ser su esposo.

—¡Sin duda me toma usted por un miserable hambriento de oro, señor Kort! —gritó el joven con voz entrecortada por el furor.

—¿Rehúsa usted? —preguntó el negro con calma.

—¡Y se la disputaré encarnizadamente!

Una vaga inquietud se reflejó en el rostro del *Rey de los Cangrejos*.

—¿Será usted más rico de lo que me han dicho mis espías? —preguntó.

—¡Mañana lo sabrá usted! ¡Señor Blunt, salgamos de aquí o estallo!

El escritor, que temía que el coloquio terminase a tiros (tanta era la exasperación del joven ingeniero), estuvo pronto a abrir la puerta y a hacerle salir.

—¿Se va usted? —preguntó el negro.

—¡Sí, por no matarle! —repuso Harris.

—Pueden ustedes servirse de mi chalupa. Mis hombres están prevenidos; y nosotros, señor Harris, mañana nos veremos.

—¡Qué no te diera esta noche el cólera! —murmuró el escritor descendiendo por el sendero que conducía al mar—. ¿Utilizaremos, sin embargo, su embarcación, señor Harris? El camino es largo, y no llegaríamos a San Francisco antes de medianoche si sólo nos sirviéramos de nuestras piernas.

El ingeniero hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Los cuatro negros que tripulaban la chalupa debían haber recibido orden de conducirlos, porque apenas vieron reaparecer a los dos blancos se levantaron, los saludaron cortésmente y se prepararon a partir.

—¡A San Francisco! —dijo el escritor subiendo a la chalupa y poniéndose a proa, donde ya estaba sentado el ingeniero.

—¡Sí, míster! —contestó el maquinista.

La embarcación se separó de la orilla, y partió veloz como una flecha, dirigiéndose hacia la embocadura del río San Pablo.

El ingeniero no había vuelto a decir palabra.

Con los codos apoyados en la rodilla y la cabeza cogida entre las manos, parecía meditar profundamente.

El escritor había encendido un puro, y contaba y recontaba por los dedos como si realizara un cálculo muy difícil.

El bravo joven no parecía estar de mal humor, porque de vez en cuando levantaba la cabeza y se retorció con cierta complacencia sus hirsutos bigotes, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡Bien! —dijo de pronto—. ¡El plan de guerra ya está terminado! ¡Un general de Estado Mayor no hubiera sabido hacerlo mejor; se lo aseguro a usted, Harris!

—¿De qué plan de guerra me habla usted, señor Blunt? —preguntó el ingeniero.

—¡Señor Harris —dijo el escritor aproximando la boca al oído del ingeniero—, no se preocupe usted, y alégrese! ¡Le prometo jugarle una buena treta a ese pellejo negro! ¡Mañana en la subasta no tendrá competidor!

—¿Va usted a matarle?

—¡Oh, no! No deseo tener que habérmelas con la policía; pero le repito que el tal Simón no comparecerá mañana en la sala del Club Femenino.

—Explíquese usted.

—Déjeme que guarde el secreto, por ahora. Acompáñeme usted a casa del notario, y después nos separaremos. Tengo que ir a casa de un amigo mío, farmacéutico...

—¿No viene usted conmigo a Cartown?

—Llegaremos demasiado tarde para poder ser recibidos por miss Annie; estos negros han acortado la marcha, de fijo por orden de su amo. ¡No estaremos en San Francisco antes de medianoche! ¡Ah, diablo! ¿Y el notario? ¡No había pensado en ello, y tengo que aguardar hasta mañana por la mañana para cobrar mis veinte mil dólares, y esta noche necesitaba...!

—¿Necesita usted dinero, Blunt? ¡Hable formalmente!

—Una veintena de dólares, por lo menos.

El ingeniero sacó la cartera, y de ella, un billete de cien dólares.

—Tome usted, Blunt; más vale tener de más que no de menos. Si no tiene usted bastante, véngase usted conmigo a casa.

—No; tengo de sobra —repuso el joven ruborizándose—. Le entregaré mañana diecinueve mil novecientos, aunque estoy cierto de que nadie se presentará a luchar con usted.

—¡Sí; se presentará el negro! —dijo el ingeniero con voz triste.

—¡No; se lo aseguro!

—¡Explíqueme usted su plan!

—¡Hasta mañana, y confíe en mí, señor Harris! ¡Aunque ese negro fuera el mismísimo demonio, no se libraría de la que le preparo! Ahora, silencio, y espere hasta mañana tranquilo y seguro del triunfo.

La chalupa, que había ido disminuyendo la velocidad, como había previsto el escritor, no llegó a San Francisco hasta un cuarto de hora antes de medianoche, muy tarde ya para ir a casa del notario, y, sobre todo, a Cartown.

Los dos jóvenes cenaron juntos en un bar, y a cosa de la una se separaron, dándose cita para el día siguiente en el Club Femenino.

Faltaba media hora para la apertura de la sala del Club cuando Harry Blunt apareció entre la muchedumbre que se agrupaba

frente al palacio en espera de que la emocionante subasta se reanudara.

El joven estaba desconocido. Había tirado su ridículo traje, y se pavoneaba con un hermoso vestido de marinero, de grueso paño azul, con una faja roja que le subía hasta la mitad del pecho, y se había plantado en la cabeza un gorro de marinero con un borlón en el centro, bastante vistoso.

Calzaba botas de mar, como si debiera de un momento a otro embarcarse en una de tantas naves que se aglomeraban en la bahía, y llevaba entre los labios un gran cigarro habano, que fumaba con visible satisfacción.

Iba seguido por dos negros, vestidos bastante decentemente, que tenían la traza de los mozos del puerto en traje de día de fiesta, y que también fumaban habanos.

Después de haberse mezclado con la muchedumbre, el joven se había detenido frente a una taberna de buen aspecto y llena de bebedores, en espera de que se abriese la sala del Club Femenino.

Estaba allí hacía ya unos cinco o seis minutos, cuando uno de los negros le dijo:

—¡Ahí está, mister!

El escritor se volvió rápidamente. En la esquina de la calle había aparecido Simón, el *Rey de los Cangrejos*, con su extraño vestido de chino y seguido por dos hijos del Celeste Imperio, sin duda, súbditos suyos.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios del joven.

Se metió las manos en los bolsillos y avanzó al encuentro del *Rey de los Cangrejos*, diciéndole con el aire de un hombre aburrido:

—Llega usted pronto, amigo Simón. Todavía falta lo menos una hora.

—¡Ah! ¿Es usted? —exclamó el negro, que le había reconocido en el acto—. ¿Cómo está su amigo? ¿Sigue resuelto a luchar conmigo?

—Me parece que ha renunciado a ello desde que usted le enseñó el tesoro de la *Reina de los Cangrejos*. Yo he tratado de convencerle de que era inútil obstinarse no teniendo riquezas

que le permitan competir con las vuestras. El hecho es que aún no ha venido, y eso que me había rogado que le aguardase en este bar y que usted le esperase también.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó el negro, sorprendido.

—Creo que quiere hacerle alguna proposición.

—Podía habérmela hecho ayer tarde.

—Estaba demasiado furioso.

—Ya lo vi —repuso el *Rey de los Cangrejos* enseñando su dentadura de caimán.

—Amigo Simón, ¿acepta usted una copa de gin?

—¡Y aunque sea una pinta, si usted quiere!

—Vamos, pues. ¡Ah! Estoy con dos amigos que también deben serlo vuestros.

Los dos negros, que le habían seguido, se aproximaron.

—¡Sam y Zim! —dijo el *Rey de los Cangrejos* tendiéndoles la mano—. Hemos trabajado juntos en el muelle del puerto.

—Es verdad —respondieron los dos negros.

—Pues bien, vamos a vaciar una pinta —dijo el escritor—. ¡Convido al vaso de despedida!

—¿Se marcha usted? —preguntó Simón.

—Sí; esta noche zarparé para Australia.

Entraron en el bar, que, como hemos dicho, estaba rebosando de bebedores, y se sentaron en una mesa que por casualidad encontraron libre. El escritor pidió dos botellas del mejor gin, y luego dio la vuelta a la sala fingiendo que buscaba al ingeniero.

—No ha venido aún —dijo sentándose junto al *Rey de los Cangrejos*, que había llenado ya los vasos—. Pero, en verdad, tenemos una hora por delante, de aquí hasta que empiece la subasta. Así, pues, bebamos y desechemos el tedio.

Los negros, grandes bebedores, especialmente de licores fuertes, no se hicieron rogar, y, en unión de los dos chinos que acompañaban al *Rey de los Cangrejos*, habían acometido a las botellas con bravura.

Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando otras dos botellas, esta vez de *whisky*, habían reemplazado a las primeras.

Comenzaban todos a alegrarse, menos el escritor, que fingía beber, pero sólo injería algunas gotas de aquellos ardientes licores.

De pronto sacó una petaca llena de habanos, y ofreció unos cuantos al *Rey de los Cangrejos* y a los dos chinos, diciendo:

—Me los ha regalado un capitán mexicano a quien he encontrado esta mañana en San Diego, y me ha asegurado que no los hay mejores en la Habana. Tomen los que gusten; tengo dos cajas de ellos en mi casa.

Simón cogió y encendió uno, y los demás le imitaron; y como el *whisky* se había concluido, encargó cervezas para despejar un poco los cerebros, que comenzaban a ofuscarse.

Apenas habían vaciado las tazas, cuando el *Rey de los Cangrejos* dejó caer el cigarro y se recostó en el respaldo de la silla como si una súbita embriaguez se hubiese apoderado de él.

—¡Ohé! ¡Simón! —dijo el escritor fingiéndose espantado—. ¡Qué mal bebedor es usted!

—¡Déjele dormir un cuarto de hora, míster! —dijo uno de los dos negros—. La subasta aún no ha comenzado, y en el momento oportuno le despertaremos.

—Y vaciaremos entretanto otra botella —dijo uno de los dos chinos.

—¡Sí; de ginebra! —respondió Blunt sonriendo—. El amo del bar me ha dicho que las cobra a 3 dólares cada una, pero no se bebe igual ni en Nueva York.

Cuando llevaron la botella, los dos chinos dormían lo mismo que su amo, y los dos negros hacían grandes esfuerzos para tener abiertos los ojos.

—¡Ya están cogidos! —murmuró el escritor, frotándose las manos.

Hizo servir la ginebra, aun cuando ya no había bebedores, porque hasta los dos negros habían acabado por dormirse.

Blunt llamó al camarero que le había servido, y poniéndole en la mano dos billetes de a diez dólares, le dijo:

—Uno por las botellas y otro para ti, con tal que dejes dormir en paz a estos borrachos. Además, no te darán mucha molestia.

—No los molestaré —dijo el mozo.

—¡Y ahora —dijo el escritor— veremos si ese pillo de Simón viene a disputar miss Annie al señor Harris! Cuando despierte estaremos nosotros en Cartown.

Y se lanzó fuera del bar, que ya estaba vacío, pues la subasta había comenzado.

Cuando llegó a la sala del Club Femenino, tuvo que hacer grandes esfuerzos para abrirse paso; tanta era la gente que se apiñaba en su interior.

Apenas hubo dado una docena de pasos, cuando oyó gritar al notario:

—¡Cien mil dólares..., a las tres!

Nadie respondió.

—¡A las tres! —repitió el notario—. ¡Ha terminado la subasta! ¡Miss Annie pertenece al señor Harris!

Retumbó en la sala un estruendoso hurra que duró algunos minutos; luego el público se dirigió a las puertas del local.

Harry Blunt, con el rostro radiante, se precipitó hacia el estrado, en el cual se encontraba el ingeniero junto al notario.

—¡Señor Harris! —gritó—. ¡Sea enhorabuena! ¡Triunfo completo!

El ingeniero bajó de un salto la plataforma y echó los brazos al cuello de su amigo.

—¡A usted le debo mi felicidad! —exclamó con voz conmovida.

—¡O mejor dicho, al opio! —repuso riendo el escritor.

—¿Y Simón?

—Duerme como un oso gris; pero haremos bien en marcharnos pronto. ¡Ese granuja es capaz de matarme! ¿Y miss Annie?

—Ha partido para Cartown, donde me espera. ¡Venga usted, Blunt; tengo mi coche en la plaza!

—¡Le sigo a usted, señor Harris!



www.rohpress.com